**La Diva**

**Comedia melodramática en dos actos de Jorge Alberto G. Fernández**

*La acción transcurre en la casa de Violeta, una cantante lírica retirada, con un pasado de gloria y esplendor, que vive sus últimos años en el olvido. A un lado hay un ave en su jaula; al otro, sobre una mesa, el marco vacío de un retrato y un teléfono. Habrá otros elementos o serán incorporados a la escena por la actriz en la medida que el texto los pida o de acuerdo con las necesidades o el criterio del director de la puesta. La historia acontece en La Habana, Cuba, en diciembre de 1999.*

Acto I

**Violeta.** (*Con el pájaro*.) ¡Qué manera de dormir! *Buon giorno, Caro mio! Come stai, bene?* Yo no me siento muy bien. Tengo una apretazón en el pecho... A ver, cántale una tonadilla a mamá para alegrarle el corazón. (*Canta*.) “*Parigi, o caro, noi lasceremo, l’abita uniti, trascorreremo...*” ¿Sabes qué día es hoy, Caro? ¡Claro que lo sabes! La víspera del Gran Día. Años atrás este era un día de festejo, de no dormir, de comida y de bebida y de canto y de alegría. Mi casa se llenaba de amigos que venían a celebrar, a esperar conmigo la llegada del Gran Día, del día en que la bella Violeta celebraba su aniversario de vida artística. Era el día más feliz de mi vida. ¿Quién podía imaginar entonces que hoy iba a estar tan sola? ¿Qué se hicieron los amigos, Caro? ¿Dónde están los compañeros? ¿Dónde los admiradores? Todos se han ido. Se han ido escurriendo, huyendo, alejando, desapareciendo, como lo hicieron la fama, la buena fortuna, los buenos tiempos. Creo que es la ley de la vida. Ahora sólo me queda sentarme tranquila a esperar la muerte; la muerte sutil que llegará un día, más temprano que tarde, como llega una ola a la orilla de la playa y borra implacable el efímero nombre que escribiste en la arena... ¡Dios mío! Me he convertido en una vieja patética que se deprime inventando símiles poéticos para provocarse lástima. A ver, celebremos juntos, Caro mío, mi cincuenta aniversario de debut artístico. Para ti, un poco de agua fresca, con una gota de Anubac, para evitar infecciones. Para mí, una buena taza de café con leche. A mi edad no es conveniente estar probando el licor, aunque dicen que para la circulación es muy bueno. (*Enciende una vela y canta*.) “¡Felicidades, Violeta, en tu día, que lo pases con sana alegría! ¡Muchos años de paz y armonía! ¡Felicidad! ¡Felicidad! ¡Felicidad!” (*Sopla y la apaga*.) Deseo... deseo... Deseo tener 40 años menos y cantar como lo hacía antes y... Y tener un amor verdadero... (*Suena el teléfono y la despierta de su ensueño*.) Estoy pidiendo demasiado, ¿verdad, Caro mío? Como sea otra vez ese degenerado... (*Descuelga, agresiva*.) Óigame lo que le voy a decir, yo soy una mujer anciana y tengo el corazón en un hilo. Si me sigue mortificando voy a llamar a la policía para que le intervengan el teléfono. (*Pausa*.) Ah, eres tú, Margarita... (*Pausa*.) Nada, hija, un sujeto que parece que no tiene nada que hacer y se entretiene mortificando a las viejas. (*Pausa*.) No, hija, si fuera eso yo hasta me divertiría un poco, las groserías no matan a nadie... (*Pausa*.) No, tampoco... Ay, mi amiga, yo pagaría a estas alturas para que me dijeran cochinadas, pero ya ni eso inspiro... (*Pausa*.) Bueno, pues muy simple, esta mañana me despertó a las siete para decirme que había llegado el pollo y que me apurara en cogerlo porque no había corriente en la carnicería y se podía echar a perder; y yo de ingenua salí como una loca a esa hora y cuando llegué encontré aquello cerrado y del pollo ni las plumas. Te imaginarás cómo me puse. (*Pausa*.) Chica, pero es que no es la primera vez que me lo hace. El otro día me llamó con el cuento de que el edificio se estaba incendiando y yo salí casi desnuda a la calle... Ah, tú te ríes. El día menos pensado me va a matar. Bueno, en fin, porque no te he dejado hablar. ¿Qué tienes en el tapete? Porque cuando tú llamas es porque hay algo bueno. (*Pausa*.) ¡Ay, te acordaste, amiga mía! ¡Gracias! No sabes lo feliz que me has hecho. (*Aparta el auricular*.) Se acordó, Caro. (*Pausa*.) No, no, con nadie, con nadie. Es que... me di un golpe en el tobillo con la pata de la mesa. (*Pausa*.) Cincuenta. Tres menos que tú... (*Pausa*.) Bueno, dime... (*Pausa*.) ¿Sí? (*Pausa*.) No, hija, si tengo el televisor roto. Imagínate, el tubo de pantalla, con lo caro que cuesta eso. (*Pausa*.) Sí, algo oí decir. Creo que fue una cumbre política, pero imagínate, no pude estar al tanto. (*Pausa*.) Sí, yo sé que vinieron los reyes de España... (*Pausa*.) ¿Cómo? (*Pausa*.) Pero... (*Pausa*.) ¡No! (*Pausa*.) Ay, Margarita, me has dejado lívida. Parece una historia de novela lo que me estás contando. (*Pausa*.) Pues muchas felicidades, amiga mía. Tú lo mereces. Que lo disfru... (*Pausa*.) No, no, no. No tienes que molestarte. Tú sabes que te quiero sinceramente. (*Pausa*.) Sí, te entiendo. (*Pausa*.) Bueno, llámame otro día para que me cuentes más. (*Pausa*.) Chao, Margarita. (*Cuelga*.) Era Margarita. Dice que está bien. Me preguntó por ti. Sí, ya sé que quieres saber todo lo que me dijo. Dice... dice... (*Se echa a llorar*.) Dice que va a salir por el televisor la semana que viene. Acaba de llegar de una filmación. La invitaron porque la Reina de España, que estuvo en Cuba, preguntó por ella. Dice que hasta le tomaron un video y todo, y que... (*Se echa a llorar. Poco a poco se va calmando*.) Ay, perdóname, Caro mío, es que esta noticia de Margarita me ha puesto muy mal. No se trata de que yo le envidie su suerte a mi compañera. Nuestra rivalidad era una cuestión puramente formal, de imagen pública. Una artista sin rivales no tiene la medida de lo que vale en realidad. En el fondo ella y yo nos queríamos... ¡Y nos queremos! Pero es que no resulta fácil, amigo mío, trabajar y brillar tanto para acabar olvidada y anónima al final de la vida. Se puede decir que la Díaz navegó con suerte. Ahora debe estar diciendo: “Eso es para que me respeten; para que crean en mí.” Me parece estar mirándola. Ella siempre lo dijo; incluso hizo hasta por mostrarnos los recortes de periódicos donde salía la noticia, pero como estaban en griego... “¿Y las fotos, Margarita, dónde están las fotos?” “Era una ceremonia íntima”, nos decía, “no permitían entrar a los paparazzi. El fotógrafo de la corte me entregó unas fotografías, pero no sé cómo las perdí. Debo haberlas dejado en la habitación del hotel.” Y nosotras nos reíamos de ella. ¿De qué vale alardear de haber cantado en el cumpleaños de una princesa y no tener cómo demostrarlo? Lo cierto es que la vida se encargó de vindicar a la Gran Margarita. La princesa se hizo reina... y vino hasta aquí... y preguntó por ella. ¿Lo estás oyendo, Caro? La mismísima Reina de España: “¿Dónde está Margarita Díaz? Quiero verla. Ella cantó en mi quince cumpleaños.” Me imagino el correcorre que se habrá armado a esa hora buscando a Margarita, poniéndole un poco de colorete para que se viera bien y tratando de sacudirle de encima todo el polvo de los años de olvido en que había estado viviendo. Ay, Caro, dime, ¿será envidia esto que estoy sintiendo? ¿Por qué estoy deseando tanto estar en su lugar? Dice que la Reina hasta le ha dejado una pensión en divisas... Y yo tejiendo para la calle para poder sobrevivir. Es aterrador, Caro, aterrador esto que siento. Siento que voy a morir un día, cianótica, y se van a enterar por la peste. A esa hora, si tengo un poco de suerte, lo dirán en el Noticiero... o en De la Gran Escena. Artigas escudriñará los archivos de la ópera y encontrará una grabación muy vieja... y le escribirán a Viky unas líneas en el guion del programa que dirán más o menos: “Llegue nuestro más sentido homenaje a quien fuera una de las grandes divas del Bel Canto en nuestro país, La bella Violeta, como le llamaran en su momento de máximo esplendor.” Pasarán la grabación seguida de un video de Michael Jackson, otro de Pavarotti y sus Amigos, y para acabar, de plato fuerte, con uno de Lorna Feijoo que se robará, por supuesto, toda la atención, y eso será todo. Adiós a Violeta. ¡Ay, amiga Margarita, felicidades y buena suerte en lo adelante! Sólo espero que no te olvides de mí ahora que tu vida se ha renovado… Está quedando bonito el tejido, ¿verdad, Caro? No vayas a creer que este punto resulta fácil. He tenido que cogerle la vuelta con el tiempo. ¡Con el tiempo! No hay cosa que con el tiempo no se le coja la vuelta. Ya hasta le he cogido la vuelta a estar aquí tan sola, en esta casa tan grande y tan vacía, tan fría; de días largos y noches interminables y estériles. Si al menos hubiese tenido un hijo... Pero no te ofendas, cariño, te tengo a ti y no necesito más compañía que la tuya. A ver, vamos a cambiarte ese pisito que está lleno de caca. Es que tú comes demasiado, Caro, demasiado... Bueno, te tengo a ti y tengo a mi amor secreto y tengo al mensajero, el pobre, que hace tanto por mí, a veces me parece que no le pago lo suficiente. Por cierto, déjame revisar porque creo que ya me toca renovar la dieta. (*Sale de escena para regresar enseguida trayendo una foto que la muestra joven*.) Ay, Caro, mira lo que encontré. Yo creía que la había perdido y estaba dentro de la historia clínica. Ahora me doy cuenta de que la puse ahí para enseñársela al médico. Es mi mejor fotografía. Y la peor también, porque me recuerda tan cruelmente cómo ha pasado el tiempo por mi rostro. Aún recuerdo ese día como si fuese ayer. Fue el día en que debuté como Floria Tosca. Me estaba preparando para entrar a escena cuando de pronto un joven entró como una tromba en el camerino y me dijo que debía fotografiarme y que yo no podía oponer resistencia; que era un encargo de un admirador y que yo debía saber quién era. Claro que lo sabía. Aquello sólo podía ser cosa del canalla de Alfredo. *Tosca*, la obra maestra de Puccini. Te voy a decir un secreto, pero no se lo puedes contar a nadie: La gente cree que mi personaje favorito era Violeta. Nada de eso. Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. El hecho de que mi rol en *La Traviata* me marcara como lo hizo y me sentara tan bien no tiene relación alguna con mi gusto personal. A mí siempre me gustó más la Tosca, siempre me identifiqué con aquella mujer que vivió para el arte, para el amor... y que el Señor le pagó arrebatándole al hombre que amaba. Ella no lo pudo soportar y se quitó la vida. (*Suena el teléfono*.) ¿Aló? (*Pausa*.) Sí, la misma, ¿en qué puedo servirle? (*Pausa*.) ¿De qué ministerio...? (*Pausa*.) ¿Quiere que le diga una cosa? Ya ese perro no me vuelve a morder, ¿qué le parece? (*Cuelga*.) Del Ministerio de Cultura. Como si yo fuera boba o me chupara el dedo. Aunque, bueno, a fin de cuentas hoy es mi... Ay, Caro, ¿habré metido la pata? ¿Tú te imaginas qué pena si fuera...? ¿Qué estaría pensando de mí el Ministro...? (*Vuelve a sonar el teléfono. Lo levanta al instante*.) ¿Aló? (*Pausa*.) Ay, perdóneme, compañero, es que... hay alguien que... bueno, dígame, diga... (*Pausa*.) Sí... (*Pausa*.) Anjá... (*Pausa*.) ¿Cómo? (*Pausa*.) Pero... ¿a mí? (*Pausa*.) No, no, nada, no me pasa nada. No se preocupe. Es que estoy... es que me ha tomado por sorpresa. (*Pausa*.) ¿Cuándo? (*Pausa*.) ¿Pero cómo que mañana? (*Pausa*.) Sí, cincuenta años de mi primera aparición en las tablas. Debuté en *La Traviata* en el papel de Vio... (*Pausa*.) ¡Ah, usted lo sabe...! (*Pausa*.) Pero, mire, compañero, es que yo tengo que prepararme. Yo... (*Pausa*.) ¿Está seguro, compañero? (*Pausa*.) Sí. (*Pausa*.) Sí. (*Pausa*.) Sí. (*Pausa*.) No, no se preocupe, lo entendí todo muy bien, (*Pausa*.) Bien, así lo haré. (*Pausa*.) Hasta luego, compañero. (*Cuelga*.) ¡Ay, Caro, estoy anonadada! ¡No lo vas a creer! ¡Se acordaron, Caro! ¡Se acordaron! ¡No sé como, pero se acordaron! ¡Se acordaron! ¡Se acordaron! ¡Un homenaje, Caro! ¡El Ministerio de Cultura, la Ópera Nacional y el Gran Teatro de La Habana me van a dar un homenaje! ¿No te parece increíble? ¡Están cambiando los tiempos! ¡¡Están cambiando los tiempos!! Ay, pero si la cosa es mañana mismo, ¿cómo no me avisaron antes? No me han dado tiempo de nada. Bueno, seguro que querían darme la sorpresa. Me parece que estoy soñando. Debo estar mañana en el teatro para un ensayo general y ahí me quedo ya para la función. Pero antes va a haber una recepción con el Ministro a las tres de la tarde... ¿A las tres de la tarde? Ay, esa es la hora en mataron a Lola. Pero yo no voy a morir, yo estoy volviendo a nacer. ¡Ay, Dios mío, Caro! ¿Qué me hago? Mira como tengo este pelo. Bueno, únicamente que me ponga los rolos. ¿Los rolos? Hace un siglo que no me los pongo. Si al menos me hubiesen dado tiempo de ir a la peluquería... Bueno, a lo mejor ni hace falta. Tal vez ellos mismos me pongan un peluquero del teatro para que me arregle. Sí, lo más probable; pero bueno, yo mientras tanto voy haciendo mi esfuerzo porque no voy a aparecerme allí como una vieja vetusta. ¡Ay, tengo que llamar a Margarita para contarle! “¡Buenas noches, mi amiga! ¿Cómo tú estás?” (*Pausa*.) “¿Yo? Encantada de la vida. Oye, ¿qué piensas hacer mañana?” (*Pausa*.) “No, era para que fueras al Gran Teatro, que me van a dar un homenaje.” (*Pausa*.) “No, nada del otro mundo, una bobería, me imagino.” (*Pausa*.) “No, no van a ir reyes, no, sólo ministros.” No, mejor no la llamo nada. Va a pensar que le estoy queriendo dar caricate. Puede hasta creer que le estoy diciendo una mentira porque no quiero quedar por debajo de ella. Mejor será esperar a que se entere por la prensa o porque alguien se lo cuente. Si se molesta porque no la llamé le diré: “Ay, mi amiga, tú me conoces. Tú sabes que a mí no me gusta estarme dando propaganda. Yo imaginé que el Ministerio te había cursado una invitación para que asistieras... Incluso pensé que estabas en contubernio con ellos para darme la sorpresa.” ¡Ay, qué bien me siento, Caro! ¡Qué feliz soy! Lo único que no me gusta mucho es este pelo... ¡Ay! ¿Pero, cómo no lo pensé antes? Si no me queda bien el pelo, me pongo la peluca. Sólo espero que se conserve en buena forma, porque si no, me pego un tiro. (*Trae la peluca*.) ¡Cómo pasa el tiempo, Caro! Esta peluca me la compré en aquella gira que hicimos a Estocolmo. Un empresario sueco, que había venido de vacaciones a La Habana, fue a vernos, por distraerse, al teatro. Imagínate, yo cantaba para una compañía que no era la gran cosa, estábamos poniendo *María La O*. Aquel sueco, que había venido a Cuba persiguiendo a nuestras tres marías: mulatas, tabaco y ron, se quedó impresionadísimo al ver con la pobreza de recursos con que trabajábamos en nuestra compañía, la calidad de las voces. Enseguida habló con nuestro director y en menos de lo que canta un gallo nos puso a actuar en Estocolmo. Ay, Caro, había que ver cómo aplaudían esos suecos, y como gritaban “bravo”. ¿La gente se acordará aún de mí? ¿Me reconocerán mis viejos admiradores? Espero no haber cambiado tanto. Soy una mujer vieja, pero no me veo tan mal. *Sono una donna vecchia, ma mi guardo più bella. Non è vero, mio Caro?* Lo que diera hoy porque el Maestro estuviera vivo. Él, que me enseñó todo lo que sé; que me ayudó a encontrar y explotar todas las posibilidades de mi voz; que me dio repertorio, y tanto hizo porque llegara a alcanzar el estrellato. No hay una sola noche de mi vida en que al acostarme no le dedique mis últimos pensamientos del día. Hasta mañana, Caro, que duermas bien y sueñes con los angelitos. Esta noche quiero hacerte una promesa. De esta semana no pasa que te busque una compañera para compartir tu jaula. No quiero que llegues a la vejez como he llegado yo, sola y sin descendencia. Y te juro que si no te abro la puerta y te dejo volar, no es por egoísmo, sino porque sé que allá afuera el mundo es demasiado duro para un alma como la tuya y difícilmente logres sobrevivir habiendo nacido en cautiverio. Que tengas buenas noches. *Addio, Caro, addio*. (*Lo cubre con el paño y sale.*)

Acto II

*Siguiente día. Se escuchan acordes de la Salida de* Cecilia Valdés*.*

**Violeta.** ¡Qué manera de dormir! *Buon giorno, Caro mio. Come stai, bene?* Yo también estoy bien. La verdad es que no hay como *Cecilia Valdés* para una despabilarse. (*Canta*.) “Yo soy bailadora fina, soy bailando la mejor... pra pa pan. La danza a mí me fascina, soy bailando la mejor... pra pa pan. La danza a mí me fascina, soy bailando la mejor.” Hoy es el Gran Día, Caro. Después de tanto tiempo... Me pregunto si volveré a llenar ese teatro como lo hacía antes. Estoy tan nerviosa... Hoy se cumplen ya cincuenta años. ¡Cincuenta años! ...y a mí me parece que fue hace cinco días. Todavía puedo verme perfectamente, Caro mío, delgadita, linda, parada sobre aquel enorme escenario lleno de luces y de colores haciendo mi primer gran papel. Pero el tiempo es implacable, amigo mío, treinta años después apenas podía llegar al MI sobreagudo, y unos pocos más adelante, ni siquiera al DO. ¿Y qué cosa es una soprano sin sus notas sobreagudas, eh? Pasto para los periodistas, nada más. No tienes más que hojear estas revistas baratas. (*Toma una y la hojea*.) Que si la Te Kanawa cantó esta temporada con reforzamiento en los pulmones. ¡Qué reforzamiento ni qué ocho cuartos! Que si la Monserrat Caballé canta como canta por lo gorda que está... ¿Y yo por qué cantaba, chico, por flaca? Todo no es más que publicidad barata, pura publicidad. Por eso decidí retirarme, para no darles el gusto de especular sobre mí. Y sobre todo antes de que a alguno se le ocurriera sugerírmelo. Dicen que una retirada a tiempo no es cobardía, y yo creo que dicen bien. Lo único malo es que una no llega a acostumbrarse nunca; y extraña... extraña mucho. Y lo más triste es tener que hacerlo estando en plena madurez, cuando mejor debía estar de voz. Nada, Caro, una mala pasada del destino, una mala pasada... El único consuelo que me queda es que mientras duró fue muy bueno. Fui buena entre las buenas. Hice cuanto quise. Todos los grandes roles fueron míos. ¡Todos! Fui Mimí, fui Aída, fui Manón, fui Tosca; pero sobre todo, fui... Violeta. Después de aquel tremendo debut en *La Traviata* todos se olvidaron de mi nombre verdadero. A partir de ese momento fui Violeta. Para el público y hasta para la crítica. Yo fui la única Violeta. Hoy es el Gran Día, Caro. Hoy el carpintero me tomará las medidas y ellos se limpiarán el pecho conmigo: “Un homenaje para la vieja Violeta. Vamos a sacarla de su oscuro mausoleo y desempolvarla un poco; después, ya puede morirse en paz.” Pero le vamos a dar una lección a todos. Hoy la vieja Violeta va a brillar en ese escenario como nunca, te lo prometo. Lo primero es saber qué ropa nos vamos a poner. (*Va por sus vestidos*.) Vamos, *mio Caro*, ayúdame a escoger entre tantos trajes viejos. ¿Qué te parece éste? Elegante, ¿verdad? Este me lo estrené la primera vez que canté *My Fair Lady*. Hubiera podido bailar toda la noche, Caro, toda, pero el baile para mí acabó muy temprano. ¿Qué te parece este otro? Un poco atrevido, ¿verdad? Digo, para mis años... Además creo que ya no estoy tan delgadita como antes. ¡Tal vez éste! Creo que no. Si me lo vuelvo a poner estoy segura de que la gente se va a acordar enseguida de aquella terrible función. ¡Qué horror, por Dios! Yo quería que la tierra se abriera y me tragara cuando me vi toda revolcada por el suelo. Yo, con mi mal genio, le eché la culpa a aquel pobre bailarincito, pero en realidad la culpa fue mía por encapricharme en hacerlo con un vestido con el paso tan estrecho. Al maestro de orquesta casi le da un infarto. Pero lo mejor de todo no fue eso, sino las discusiones que se armaron a la salida del teatro entre mis admiradores y mis detractores. Mis enemigos decían que me había caído, y mis amigos, que me había tirado. La suerte es que el auditorio cubano es tan respetuoso... En cuanto me levanté del suelo la ovación fue cerrada. La orquesta arrancó desde el principio y yo canté mejor que nunca. No, definitivamente, este vestido no va. No estoy en condiciones de retar a la suerte a estas alturas. Quizá este... No. Ni este. Ni este. Este, tampoco. Este, me lo he puesto demasiadas veces. Este, ya no me sirve. Este, tiene las costuras idas. Este, está medio podrido. Este, demasiado encuero. ¡Dios mío! No tengo qué ponerme... no tengo... No tengo nada que ponerme para esta noche, nada. Creo que me voy a suicidar... No. Calma, Violeta, serénate, piensa, algo podrás encontrar, pero relájate primero y no hagas una tormenta en un vaso de agua. (*Se mira en el espejo*.) Ya no soy ni El fantasma de la ópera. Ni Violeta en su fase tísica llegó a verse tan horrible. Hay que poner un poco de color en esta cara. (*Maquillándose*.) El secreto de un buen maquillaje está en aprovechar con disciplina las líneas naturales del rostro. Sobre esa base se pueden hacer maravillas, pero sin exagerar. Eso me lo enseñó un maquillista profesional que se hizo muy amigo mío. Pero lo que no me dijo en esa época es que con los años no hay maquillaje bueno que valga. Por ejemplo, si ahora me diera por aprovechar todas las líneas naturales de mi rostro, podía convertirlo, de momento, en un mapa de carreteras. Ay, Caro, la vejez sólo es dulce y llevadera si se sabe asumir con dignidad... y si se vivió la juventud plenamente. El día que muera quiero que graben sobre mi losa el siguiente epitafio: “Aquí yace Violeta de Cuba, que aguarda dormida la llegada del Juicio Final. Por favor, despertadla una hora antes para que le dé tiempo a maquillarse bien.” Una vez tuve un enamorado que iba a verme al camerino después de todas las funciones. ¿Y sabes qué era lo que más le gustaba? No lo vas a creer. Observar cómo me quitaba el maquillaje. Él decía que mi belleza sólo alcanzaba su máxima intensidad cuando mi rostro estaba totalmente desnudo de afeites. A éste le sucedió lo mismo que a los demás. No pudo resistir la competencia de su gran rival: el Canto. Ya ves qué ironía, Caro. Por el Canto me alejé de los placeres de la vida. Jamás me casé. No fundé mi propia familia. Cuando mis enamorados comenzaban a ponerse serios y a pedir sacrificios de mí, yo los abandonaba por el Canto. Y mira ahora, el Canto se olvidó de mí; me abandonó, me dejó sola en cuanto me puse un poco vieja. Pero dime, ¿Cómo luzco ahora? *Come mi guardo, bella? Sono una donna vecchia, ma mi guardo più bella. Non è vero, mio Caro?* Este es el tipo de maquillaje que solía hacerme cuando representaba *Carmen*. *Carmen* siempre me resultó muy estimulante. Es un papel que me llena de vida... Por cierto, ¿qué habrá sido de la vida de José, Caro? Digo, de Alfredo, mi enamorado secreto. Hace tanto tiempo que no sabemos de él... Mira, esta es la última carta que me escribió hace 6 meses. (*Lee*.) “Mi querida Violeta: Espero que al recibo de estas cortas pero amorosas líneas te encuentres bien...”, un poco cursi, ¿verdad? Pero bueno, nadie es perfecto. “...en compañía de tu adorable avecilla." Ese eres tú, Caro. “El motivo de la presente no es otro que anunciarte un repentino viaje de trabajo al extranjero que se me ha presentado. Esta vez voy a demorar un poco, pero pienso que estaré de vuelta antes de la próxima temporada. No creas que me he olvidado de tu aniversario de vida artística. Y como cada año, desde que te conocí, te tengo reservada una sorpresa.” Ay, ¿qué será esta vez, Caro? Hoy es el día y el hombre no ha dado ni señales de humo. Pero yo sé que algo bueno me debe tener reservado, porque cada año mi aniversario ha sido religión para él. ¿Cómo será, Caro? ¿Será muy feo y por eso no se ha mostrado nunca? A lo mejor tiene algún defecto físico y le da vergüenza que yo llegue a saberlo. Quizá sea cojo, o manco, o tuerto, o enano, sabrá Dios. Si me conociera bien, sabría que yo no soy mujer que repare en esas tonterías. Es increíble, Caro, años y años recibiendo cartas, postales, regalos y los mejores halagos que he tenido en mi vida de parte de un total desconocido; de alguien cuyo rostro no he visto jamás y que por un misterio que no se ha atrevido a revelarme no me dice quién es ni a qué se dedica. Sólo sé que me ama platónicamente y que me admira como a ninguna otra artista en el mundo. Dime, ¿no es romántico, Caro? ¿No es bello? ¿No resulta fascinante? ¡¿No será comemierda, chico?! ¡Hace un montón de años que me tiene en jaque! ¡Y no hay derecho, Caro, no hay derecho! ¿Pero quieres que te diga una cosa? Yo estoy casi segura de que ese hombre es lo que yo más conozco, porque de no ser así, ¿cómo es que sabe tantas cosas sobre mí? ¿Cómo sabe que tú existes, por ejemplo, si no es porque ha venido a esta casa? Ay, Caro, sin que te me vayas a ofender, cariño, pero... es que me siento tan sola... es que necesito tanto de una compañía, de un compañero a mi lado... Jamás imaginé que estaría tan sola en mi vejez. (*Llaman a la puerta*.) ¡Ay! ¿Quién podrá ser?

**Para obtener la escena final, tenga a bien contactarse con el autor.**